

APORTACIONES DE LA PSICOLOGÍA DEL DESARROLLO A LA EDUCACIÓN RELIGIOSA EN LA ADOLESCENCIA

Contributions of developmental psychology to religious education in adolescence

M^a del Pilar Quiroga Méndez

RESUMEN: *La adolescencia es un periodo de grandes cambios que implican a todas las diferentes áreas del desarrollo en un proceso de enorme complejidad. La adecuación entre las necesidades educativas, y las teorías de desarrollo religioso pasan por reducir la asimetría que surge entre ellas poniendo de relieve las dificultades de ajuste entre la teoría y la práctica. La necesidad de un verdadero encuentro se realiza en este trabajo proponiendo una profundización en el desarrollo del sujeto adolescente con todas las características que lo definen. El desarrollo evolutivo se propone como un marco de referencia sobre el cual se puede construir la relación entre el educador y el alumno, donde se pueda transmitir de modo óptimo un mensaje. Para ello observaremos los procesos cognitivos, físicos y psicosociales, proponiendo derivaciones que contemplen el proceso de la religiosidad adolescente desde las aportaciones del desarrollo adolescente.*

Palabras clave: *Enseñanza- religión-adolescencia-desarrollo.*

SUMMARY: *Adolescence is a time of major changes that involve all the different areas of development in a process of enormous complexity. The adjustment between the educational needs and the religious development theories doesn't happen in these moments. It's necessary reducing the asymmetry that arises between theory and practice. The need for a true encounter in this work is proposed across an in-depth study of the development of the individual teenager with all the features you define it. The evolutionary development is proposed as a framework on which to build the relationship between teacher and student, and also it can be an excellent way to convey the educator message. To do these we will take account the cognitive, physical and psychosocial adolescent developmental process, offering referrals that include the development of adolescent religiosity from the contributions of adolescent development.*

Keywords: *Education-religion-adolescent-development*

En la época adolescente se produce un cambio en la orientación religiosa respecto a la infancia. Esta transición supone en la actualidad un porcentaje creciente de abandono de la práctica religiosa. Mientras que en Estados Unidos los adolescentes entre 13 y 18 años en un 87 por ciento declaran pertenecer a alguna organización religiosa (Smith, 2009); en España tenemos otras cifras. Según el informe de la Juventud en España (Vidal F, Mota R, 2008) de los 6 a los 11 años el 80% son cristianos y rezan, el 60% va a misa ocasionalmente y el 40% va a misa cada semana. Pero de los 12 a los 14 años ya solamente un 60% cree en Dios, y solo un 20% va a misa. Los jóvenes se declaran practicantes en un 11,7%, habiendo un 49,8% “católicos no practicantes”, y entre ellos un 24% dicen que la religión es importante o muy importante para ellos. Los datos que nos ofrece la encuesta de Calvo Buezas desde el Centro de Estudios sobre Migraciones y Racismo de la UCM, nos indica por otro lado que un 58,1% de los jóvenes de 14 a 19 años, se consideran católicos, un 39,4% “católicos no practicantes”, y un 18,7 católicos practicantes. Casi la mitad de los adolescentes españoles ya no se consideran católicos, aunque la mayoría hayan sido bautizados, Un 33,8% se considera explícitamente no creyente, indiferentes 17,1%, ateos 16,7% y un 3,2 es creyente de otras religiones.

El tránsito de la infancia a la juventud parece crítico para la creencia religiosa. Estos datos abren una cuestión aparentemente contradictoria sobre la que sería necesario meditar. Algo sucede en una sociedad en la que los valores de lo religioso aparecen como mayoritariamente aceptados en la infancia, para luego desaparecer en la adolescencia. Si son valores importantes deberían permanecer evolucionando y madurando tal como sucede en otras áreas del individuo. Si no lo son, es extraño que se les proponga a los niños un sistema de creencias que luego han de abandonar o parece condenado a desaparecer.

El objetivo de este trabajo es presentar algunos aspectos de la psicología adolescente cuyo conocimiento es imprescindible para los educadores y personas que conviven con esta población. Si además pretendemos transmitir un mensaje religioso, hemos de contar con que la complejidad de este periodo hace necesario plantearse cuáles

son las características que lo definen. La adolescencia es una época de cambios en la cual se presentan rasgos psicológicos inéditos en la historia del desarrollo individual. No disponer de una perspectiva psicológica sobre la adolescencia significa arriesgarse a fracasar en la tarea de transmitir cualquier mensaje. Si el que queremos que escuche es un adolescente, hemos de poseer algunas claves para poder entrar en su propio laberinto.

Este trabajo pretende también recopilar, integrar y articular material actualmente disperso para la interpretación global de la religiosidad en la época adolescente. Se trata de profundizar en la psicología religiosa de la adolescencia tomando como referencia aportaciones que provienen de la psicología evolutiva. Observaremos los procesos cognitivos, físicos y psicosociales que se imbrican en la psicología de la religiosidad adolescente desde las aportaciones de la psicología del desarrollo.

1. LA ADOLESCENCIA

En la cultura moderna y en países industrializados la adolescencia se ha convertido en un periodo mal definido tanto en sus límites temporales como en cuanto a sus contenidos psicológicos o sociales que puede alargarse durante al menos diez años. También es un periodo confuso para el propio adolescente, que vive en una situación de cambio y de indefinición generalizada de su propio rol. La adolescencia es una etapa de grandes cambios, es una época de transición o de “moratoria social”, como denomina Erikson a ese tiempo que la sociedad ofrece a sus miembros para que se preparen para ejercer sus roles adultos. Las dificultades para la definición proceden del proceso de cambio y lo que verdaderamente implica ese cambio en las diferentes áreas del desarrollo adolescente. Un cuerpo que cambia radicalmente, la madurez sexual, un procesamiento de la información más eficiente por la adquisición del pensamiento formal, unas nuevas relaciones sociales y una nueva perspectiva de la identidad psíquica, que ha de irse haciendo a través de no pocas dificultades en un ambiente cada vez más complejo.

Desde el punto de vista social podemos encontrar algunos otros elementos significativos de esta etapa. Nuestra cultura no le pide al adolescente responsabilidades de adulto, ni le ofrece las posibilidades de crecimiento que corporalmente le corresponden. El adolescente pertenece a una estructura familiar que le protege dificultándole su salida consecuente al medio social, sin prepararle correctamente en muchos casos para su proceso de independencia. Además de esto el adolescente se encuentra en el centro de una sociedad y un estilo de vida que invoca objetos y símbolos de consumo como los máximos exponentes de los valores humanos. La tecnología y la cultura de la imagen, le alejan de la verdadera cultura y de los centros de pensamiento más evolucionados, así como la desvalorización de lo profesional y el éxito fácil, parecen haber ganado la batalla a la vocación y al sentido de la vida. La falta de esfuerzo y la pérdida de metas y modelos adultos consistentes, junto con una percepción egocéntrica del mundo, han hecho de los miembros de estas generaciones adolescentes personas con más dificultades psíquicas ligadas a este periodo. Periodo sobre el que ya M. Mead afirmó que era un “invento” de las sociedades occidentales.

El pensamiento religioso y la identidad personal religiosa no van a quedar fuera de la realidad confusa y cambiante que significa y constituye el desarrollo adolescente. El pensamiento religioso infantil ha de sufrir una evolución y adaptación a la madurez, o de lo contrario permanecerá con rasgos infantiles o desaparecerá definitivamente. Es este momento de conformación de la identidad cuando también va tomando forma la identidad religiosa adolescente. Las decisiones sobre la creencia religiosa que se toman en el periodo final de esta época de la vida demuestran una enorme consistencia y resistencia al cambio (Goldman, 1964) No es extraño que esto ocurra así, puesto que esta tendencia a la estabilidad regirá también para otros procesos psicológicos instaurados durante el periodo adolescente.

Vamos a observar el adolescente desde la perspectiva clásica de la psicología evolutiva que divide el desarrollo en las áreas física, cognitiva, y de la personalidad, incluyendo en esta última aspectos psicosociales. Esta división es artificial y la tomamos como esque-

ma para analizar cada aspecto del desarrollo con mayor precisión, sabiendo que a su vez cada área y cada elemento influirán en los demás constituyendo un proceso complejo sujeto al cambio, y con múltiples características individuales.

2. EL DESARROLLO FÍSICO. EL AJUSTE AL DESARROLLO FÍSICO

Una de las experiencias más sorprendentes para un adolescente es observar como su cuerpo va cambiando. Se dice que la adolescencia es un periodo de la vida que comienza con la biología y termina con la cultura. En efecto el comienzo de la adolescencia viene determinado por modificaciones físicas aparentes que comprometen cambios biológicos profundos y amplios. Solamente en los primeros momentos después del nacimiento los cambios físicos se pueden equiparar por su rapidez, sus dimensiones y su cualidad, a los que acontecen en la adolescencia. Sin embargo en una cultura como la occidental el cambio físico no es ajeno a su valoración cultural, de forma que la sociedad va asignando al cuerpo una función y un valor más allá del mero desarrollo físico. El cuerpo aparece como mediador de la comunicación adolescente, haciéndose muchas veces centro de preocupación constante en una sociedad que ha exagerado su valor hasta convertirlo en un componente central de la autoestima. El ajuste psicológico a un cuerpo que cambia marcará el desarrollo evolutivo adolescente y estará relacionado directamente con el bienestar psicológico

El primer cambio físico observable es el crecimiento, los adolescentes sufren una importante aceleración de la talla y del peso que afectará a sus dimensiones globales. También aumentan en tamaño los diferentes segmentos del cuerpo, que pueden parecer desproporcionados en algunos momentos debido al diferente ritmo de crecimiento. Así los ojos crecen más rápido, crecen los brazos y las piernas y también se suele proyectar la nariz o el mentón, dando como resultado de modo transitorio en muchos adolescentes, una imagen corporal peculiar. El crecimiento conlleva cambios en la composición corporal, en las niñas aumenta la proporción de grasa, siendo

esta realidad un aspecto problemático que enlaza con la incidencia de los trastornos de alimentación en esta época de la vida. Los modelos de mujeres exageradamente delgadas que se presentan a las adolescentes no encajan con las proporciones saludables propias del desarrollo adolescente femenino, y por lo tanto muchas de ellas lucharán contra la grasa corporal como si está fuera algo anormal o desagradable en busca de valoración social.

La segunda de las manifestaciones corporales es el desarrollo de las características sexuales primarias y secundarias. El momento de inicio de estos cambios entraña diferencias en el ajuste psicológico. Mientras que las niñas con un desarrollo temprano son más susceptibles de tener dificultades psíquicas, en el caso de los varones sucede al contrario (Alsaker, 1992).

El desarrollo físico, en cuanto a crecimiento y a desarrollo de las características sexuales secundarias y primarias, conlleva la necesidad de un ajuste psíquico. Los adolescentes precisan adaptarse psicológicamente a su cuerpo y a sus nuevas características y este proceso resulta a veces sumamente difícil y complejo. Las reacciones psíquicas a estos cambios físicos son muchas y están sujetas a una enorme variación individual. Muchos adolescentes son muy sensibles a su aspecto físico y sienten mucha ansiedad e inseguridad cuando su imagen no se corresponde con la imagen que desean o que han visto como deseable. La lucha entre el yo real y el yo ideal en referencia a las cuestiones físicas y de apariencia personal, es una de las tareas que el adolescente tiene que resolver. El adolescente somete a una revisión y evaluación constante su cuerpo cambiante (Petersen y Taylor, 1980). Evalúa el tamaño, la forma, si se aleja o se acerca al ideal propuesto, si es agradable o no y para ello se comparará continuamente. La necesidad de ajuste a su propio cuerpo, a su grupo de iguales y a los ideales de su cultura es tan fuerte entre los adolescentes que estos muestran una verdadera obsesión por los aspectos relacionados con el físico, pudiendo ser muy intolerantes respecto a las variaciones que real o imaginariamente puedan encontrar. Elkind (1962), sugiere que reaccionan como si tuvieran un “público imaginario”, que critica continuamente su apariencia. La obsesión del adolescente respecto a su cuerpo es el reflejo de una

demanda social cada vez más fuerte sobre los aspectos corporales. Para un adolescente que observa cada día como las personas de cuerpo agraciado son más y mejor valoradas socialmente ese aspecto llega a ser determinante para situarse frente a su grupo de iguales. En países desarrollados se calcula que dos terceras partes de los adolescentes desearían una o varias modificaciones físicas (Petersen y Taylor, 1980). Dada la presión que ejercen los medios de comunicación, la inexistencia de elementos que contrapesen la fuerte influencia de los cánones impuestos y la condición de vulnerabilidad de los adolescentes, no es difícil imaginar como las dificultades unidas al ajuste al desarrollo físico en la adolescencia irán en aumento. Las enfermedades vinculadas a la autoimagen como los trastornos de la alimentación y el malestar psíquico, son los riesgos que cada vez más inciden sobre este grupo de población.

Una parte de la problemática del adolescente actual reside en las dificultades de ajuste a su desarrollo físico. La religiosidad del adolescente no puede quedar lejos de esta realidad corporal que se demuestra difícil de encarar. Sin embargo el adolescente percibe la religión muy alejada del problema que le ocupa ya que los aspectos físicos han sido tradicionalmente puestos al margen en el imaginario religioso. De ese modo los adolescentes religiosos han de encontrar un camino, porque obviar un medio que impone criterios estéticos y de moda es un suicidio social para un adolescente. Los esfuerzos del joven por adecuar su proceso y la insatisfacción e inseguridad que conlleva, es una realidad que la religiosidad tiende a ignorar. A veces las soluciones que equivocadamente para su desarrollo religioso elige un adolescente pasan por adoptar la escisión, establecer los “lugares” a los que no llega la perspectiva religiosa, o bien apartarse eligiendo la adaptación al grupo social y respondiendo a las demandas del ambiente alejándose definitivamente de la religiosidad.

Hasta hace poco tiempo las dimensiones de desarrollo sexual eran las únicas que se valoraban en el desarrollo biológico del adolescente, entendiéndose las demás como consecuencia de estas. En la actualidad existen otras extensiones de desarrollo físico que es necesario tener en cuenta para la comprensión del desarrollo adolescen-

te: los cambios en el sistema endocrino y los cambios en la estructura cerebral, son los aspectos que tenemos que sumar a los anteriores. Ambos temas están todavía en periodo de investigación, pero parecen tener una gran importancia para la comprensión de muchos de los comportamientos adolescentes.

El sistema endocrino desempeña una función reguladora en el desarrollo de las características físicas adolescentes. Los cambios, y las concentraciones hormonales están relacionados con cambios de comportamiento y con aspectos emocionales. Las hormonas embravecidas de la adolescencia parecían ser responsables de algunos desequilibrios adolescentes desde el conocimiento popular. En la actualidad los trabajos de investigación (Van Goozen, 1998), parecen señalar efectivamente que existe una relación entre estos aspectos. Los niveles elevados de andrógenos están relacionados con la impulsividad y la violencia en chicos, así como los niveles de estrógenos pueden estar relacionados con la depresión en adolescentes (Angold, 1999) En este artículo se sugiere que el aumento de la depresión en mujeres está asociada con cambios en los niveles de andrógenos y estrógenos más que en los cambios morfológicos propios de la pubertad. Sin embargo otros autores (Brooks-Gunn y Warren, 1989) señalan que los factores endocrinos no explican más allá de una tercera parte de lo que lo hacían las variables sociales en la depresión adolescente. Parece pues probable que los parámetros hormonales sean un factor más que interactúa, no desdeñable ni tampoco absolutamente determinante del comportamiento.

El segundo aspecto no contemplado anteriormente con respecto al desarrollo físico adolescente es el cambio en la estructura cerebral. El desarrollo cerebral humano se sabía que tenía un periodo crítico en torno a los tres años, en los cuales el crecimiento neuronal era extraordinario dando lugar a las transformaciones neurológicas que disponían la base para los desarrollos cognitivos propios de la primera infancia. El avance en los medios diagnósticos y los estudios longitudinales han permitido recientemente observar la existencia de un segundo periodo crítico en el desarrollo cerebral en la época de la adolescencia (Giedd, 2008). Estudios longitudinales a través de neuroimagen demuestran que se produce una proliferación

de células cerebrales en la adolescencia, y por tanto una reorganización del funcionamiento cerebral (MacAnamey, 2008). Aumenta la conectividad, los procesos de integración de funciones y cambia el equilibrio entre los sistemas límbico, subcortical y las funciones frontales, todo ello con consecuencias en la cognición, la emoción y el comportamiento adolescente.

Los efectos de estos cambios físicos cerebrales se remiten a cambios de comportamiento que podrían tener un origen fisiológico y no solamente psicológico o social. La impulsividad adolescente, la falta de tolerancia a la frustración, el gusto por el riesgo, la irritabilidad y la excitabilidad adolescente, pueden aparecer exacerbadas por el compromiso entre el sistema límbico y las áreas frontales cerebrales que se ocupan del control y la planificación, y que permanecen inmaduras. El caos en el que viven muchos adolescentes que se observa en el desorden y en las dificultades para estructurar lugares, tiempos o comportamientos, aparece cuando el adolescente no puede apelar a las funciones frontales de planificación. El gusto por el riesgo tendría su origen en la incapacidad para suprimir impulsos, planificar y sopesar las consecuencias de las acciones. El uso preeminente de la amígdala para interpretar emociones, les lleva a confundirse emocionalmente y a convertir las emociones en arrebatos por influencia de las hormonas sexuales activas en la parte emocional del cerebro para las que todavía no hay un mediador cerebral frontal. Estos hallazgos se ampliarán en el futuro, pero en este momento han de servir para comprender que el proceso adolescente con sus cambios de comportamiento está comprometiendo estructuras de difícil manejo. Por esta razón la postura de poner límites claros, apelar al consenso y asegurarnos pequeños éxitos, puede ser más positiva y consistente que la repetición de normas y la culpabilización. El origen de los comportamientos nos ha de indicar las estrategias que hemos de poner en funcionamiento para que la vida adolescente sea más integrada y más plena.

El mensaje religioso ha de tener en cuenta este proceso. Ignorarlo supone no tener en cuenta un individuo que desde su inmadurez adolescente está sujeto a las emociones en un grado mucho más importante de lo que nosotros podemos suponer. La emotividad adoles-

cente como señala Vergote puede encontrar en la religión una ocasión privilegiada para expresarse y madurar (Vergote, 1975). El adolescente religioso puede estar en exceso referido a lo emocional, pero la religiosidad puede proponer motivaciones racionales que configuren planos de integración y por tanto una madurez religiosa y también vital. Al mismo tiempo autores como Babin (Babin, 1968) señalan como la religiosidad puede funcionar como un factor de estabilización emotiva, alertando también de la funcionalización de la experiencia religiosa propia de la adolescencia, que perdería así sus finalidades de trascendencia y alteridad. También podría suceder lo contrario, en estas épocas de emotividad desbocada la religiosidad podría desempeñarse como un factor de inestabilidad emotiva.

Relativizar, situar en su contexto, aceptar y vehicular todo lo religioso emocional ha de ser la responsabilidad del adulto que verá como este es un momento de transición, donde el éxito será alcanzar una fundamentación religiosa más integrada y madura.

3. EL DESARROLLO COGNITIVO Y EL PENSAMIENTO RELIGIOSO

Existen grandes diferencias entre la forma de pensamiento de un niño y de un adolescente. El adolescente resuelve los problemas que se le plantean de un modo mucho más eficiente de cómo lo hace un niño, demostrando que se ha producido un cambio cualitativo entre estas dos etapas. Hace más de cuarenta años, Inhelder y Piaget (1955) presentaron una de las caracterizaciones del desarrollo cognitivo adolescente más precisas y posiblemente la más ambiciosa hasta la fecha. En aquel trabajo, *De la lógica del niño a la lógica del adolescente*, se exponían las características del estadio de las operaciones formales que emerge entre los 11-12 años sobre la base del periodo anterior de las operaciones concretas. Este nuevo estadio formal ha ocupado una posición central en el estudio de la inteligencia adulta. Su importancia reside en el hecho de ser el estadio final de la secuencia del desarrollo cognitivo y en que ofrece un marco coherente para comprender la naturaleza de dicha maduración cognitiva y de la estructura de la inteligencia humana.

Cuando un adolescente consigue al final del periodo alcanzar el pensamiento formal responde con un esquema adulto que consiste en la capacidad para formular hipótesis y comprobarlas, teniendo en cuenta datos que van más allá de los inmediatos y creando una teoría sobre la realidad que construye una explicación. El sujeto no actúa entonces al azar, sino que su pensamiento va dirigido por una hipótesis sobre lo que va a suceder. El modo de actuar formalmente consiste en, ante un problema nuevo, formular hipótesis para explicarlo basándose en los datos que se obtienen en ese momento o que se han obtenido anteriormente y comprobar mediante las leyes de la combinatoria sus hipótesis. Se han considerado tres características funcionales asociadas a este período de pensamiento formal: .1. *La realidad es concebida como un subconjunto de lo posible.* 2. *El carácter hipotético-deductivo.* 3. *El carácter proposicional.* Estas tres características configuran la presencia del pensamiento experimental y cambian de modo radical la capacidad intelectual del adolescente y de su realidad, que se verá organizada y definida desde esta nueva herramienta cognitiva

Ahora es capaz de entender y de construir sistemas teóricos complejos en los que los datos aparecen subordinados a la coherencia del sistema. Esta es la forma de pensamiento característico de la ciencia y del método experimental y es lo que ha permitido a la humanidad la consecución de los adelantos técnicos más sobresalientes.

La adquisición del pensamiento formal permite articular la comprensión de la realidad de una forma nueva. El adolescente, lo mismo que sucede en otros ámbitos de su vida, va a ser capaz de abstraer conceptos y operar con ellos. Esta capacidad supone un giro absoluto en el alcance de su comprensión de lo religioso. El desarrollo intelectual supone al menos potencialmente la capacidad de poder por primera vez asimilar cuestiones religiosas en toda su plenitud y purificarlas de restos infantiles. El desarrollo del pensamiento permitirá también acercarse a las verdades más complicadas, abstractas y paradójicas del mundo de las creencias. Los temas centrales de la religión, la existencia del mal, el concepto de Dios, la trascendencia o el misterio pueden ser tratados por primera vez en toda su profunda complejidad.

A través de los medios de comunicación y de los conocimientos que proceden del ámbito escolar, un adolescente es receptor de una gran cantidad de información que denota una enorme pluralidad ideológica y un pensamiento científico-racional que se superpone como elemento de validación de todas las disciplinas y base contrastada del progreso científico. La nueva herramienta, el pensamiento formal, y la gran cantidad de contenidos a los que tiene acceso el adolescente, influyen de manera determinante en su pensamiento religioso. La capacidad para depurar la experiencia religiosa se contrapone a otras consecuencias de signos diferentes.

El adolescente investiga y juega con esta nueva capacidad que comienza a utilizar. El riesgo aparece en la racionalización constante, que además tiene la “ventaja de la “no acción” para el adolescente. Esta racionalización toma la forma de discusión sin materia o con elementos poco consistentes, extremos, azarosos o falaces, y sirve sobre todo de entrenamiento en el uso de los argumentos formales. Aparentemente puede parecer una discusión de clarificación sobre aspectos religiosos, pero su influencia vital es reducida puesto que su finalidad parece ser más bien un juego de “poder” en la esfera de la dialéctica más superficial. Otro riesgo asociado sería el de dejarse seducir por la perfección de los argumentos procedentes de la lógica formal, sin tener en cuenta otros elementos más cercanos a la vivencia religiosa, emocionales y poco traducibles al pensamiento científico.

Rechazo del pensamiento infantil. El adolescente siente un fuerte rechazo por la presencia de argumentos infantiles en su recién estrenado pensamiento, a los que niega cualquier funcionalidad. Subyace a esta tendencia la prepotencia que produce la sospecha de inferioridad de quien no se siente totalmente adulto y por tanto no puede poner como referentes ni se puede permitir “deslices” que lo comprometan en su objetivo de “adulthood”. En este sentido el adolescente toma conciencia de la medida en la cual el pensamiento religioso infantil es claramente disfuncional en este momento. La posibilidad de rechazo y abandono de la religiosidad aparecerán si no se produce una recuperación del pensamiento religioso como pensamiento adulto, perfectamente separado de la religiosidad infantil. Es un

tránsito que tendría que ser asimismo diferente y seguramente costoso, tal como lo es en todas sus otras trayectorias vitales, escuela, vocación, amistades, valores, referentes, relaciones familiares, etc. El adolescente rechazará el pensamiento religioso si no percibe elementos de razonamiento adulto en él.

La Aparición del pensamiento flexible y relativo basado en el pluralismo cultural y en el pragmatismo funcional hace aparecer el relativismo religioso. La adolescencia es una época en la cual se quiebran absolutos y todo comienza a moverse por primera vez dentro de unas perspectivas flexibles y relativas. Este movimiento causa dificultades al joven que no calcula cuáles son los elementos que han de relativizarse y cuáles no, con los consiguientes errores de cálculo y de previsión. Estos tanteos realizados sobre todos los componentes que rodean al adolescente se ejercerán especialmente frente a las estructuras o las normas, con el riesgo de relativizarlas hasta el extremo perdiendo así consistencia y utilidad. El adolescente, dentro de esta tendencia puede comenzar a considerar la religión como una de las posibles soluciones a los problemas de la vida, pero no la única. De aquí el impulso hacia una progresiva marginalización del pensamiento religioso cuando otras circunstancias lo favorecen. Esto significa que el joven maneja hipótesis alternativas, que a veces pondrá en el lugar del pensamiento religioso: ciencia, filosofía, naturaleza. La relativización extrema supone la destrucción del contenido religioso, ya que éste pierde su esencia y su valor. La rigidez extrema por otro lado, no permite el necesario diálogo. Entre ambos extremos se moverá el adolescente en esta época de la vida.

Este último aspecto, la relativización del pensamiento religioso, es señalado por Milanese J, Aletti M (1974) en su obra *Psicología de la religión*, destacando otros dos aspectos no menos importantes: la subjetivación de la religiosidad y el conflicto entre el pensamiento religioso y pensamiento científico. Transcribimos a continuación estas importantes aportaciones.

Subjetivación de la religiosidad. El adolescente, bajo el impulso de sus nuevas capacidades y guiados por el egocentrismo cognoscitivo, tiende a construirse su propia religión sobre la base de motivaciones personales a veces creadas por confrontación entre figuras de

autoridad y conocimientos infantiles (Goldman, 1964). Este proceso es ambivalente: permite, por una parte, fundar «críticamente» la experiencia religiosa dándole mayor base motivacional; y por otra, acentúa la polémica contra las formas institucionales de la religión, que aparecen sustancialmente al adolescente como formas antagonistas y negadoras de la religión «personal».

Conflicto entre pretensión totalizante del pensamiento religioso y pretensión totalizante del pensamiento científico, racionalista y positivista. El adolescente percibe la visión religiosa en el mundo que proviene de la experiencia infantil como incapaz de sostener la confrontación con la «novedad», la «funcionalidad» y la «coherencia» de la visión científica (Goldman, 1964). La ciencia aparece como el único referente verdadero o confiable para la explicación de cualquier realidad. Además la concepción religiosa que los niños reciben en la escuela se encuentra muchas veces en contradicción o al margen de los otros saberes (científicos y filosóficos), con los que no se ha dialogado suficientemente en su educación. Todo esto ocasiona que los jóvenes experimenten una contradicción entre la explicación científica del origen del mundo y la historia religiosa de la creación. En estas edades hay un peligro de que el pensamiento teológico y el científico se separen entre sí. Muchos jóvenes permanecen en un nivel muy infantil en el pensamiento religioso que contradice el punto de vista científico. Para superar esta situación algunos adolescentes evitan la contradicción separando los mundos religioso y científico, mientras que otros tachan a la religión de ingenua y acientífica.

El concepto de Dios es un tema en el cual podemos observar la evolución propiciada por los mecanismos complejos de las capacidades cognitivas adquiridas. La mayor parte de las conceptualizaciones del adolescente respecto a su mundo y a la interpretación de la realidad están sujetas a un proceso de revisión y de cambio. El concepto de Dios de la adolescencia cambia radicalmente respecto a la imagen infantil de Dios. La capacidad intelectual más desarrollada del adolescente permite una nueva representación de la figura divina mucho más abstracta y compleja que en épocas anteriores. Ahora los niños ya pueden entender las supuestas contradicciones y

las paradojas inherentes a la imagen divina, como por ejemplo que Dios está en todas partes, que viva en nuestro corazón, que está siempre presente, que es invisible etc.

El pensamiento formal no se alcanza hasta los trece o catorce años según las primeras teorías de Piaget, y es esta edad la que coincide con el momento en el cual se da una rápida caída del antropomorfismo y de la representación de Dios como un ser de gran bondad o de gran temor, con características mágicas más o menos atenuadas que han sobrevivido hasta este momento. Con ello se produce la aparición de una nueva forma de representación de la figura divina. El nuevo concepto conlleva dos elementos, por un lado una dimensión que se espiritualiza y trasciende a la experiencia humana y por otro una perspectiva personalizada que se fundamenta en aspectos motivacionales. Así la imagen se aleja del referente anterior en forma de figura con características humanas grandiosas y ahora se añaden aspectos de mayor complejidad y de mayor cercanía emocional. Esta nueva dimensión se asienta en los nuevos elementos de adaptación interpersonal que el adolescente está experimentando (Deconchy, 1965) y que le llevan a experimentar a Dios “como una persona”, aunque con una presencia “distinta a las personas”; un alguien, si bien como un “alguien distinto”. Para alcanzar esta posición personal es importante no solamente la dimensión cognitiva, sino un buen desarrollo afectivo que permitirá la trascendencia y la alteridad con ese otro “recientemente” descubierto.

Profundizando en estos elementos aparecen dos dimensiones esenciales que se irán especificando en el futuro. Estas dos dimensiones aparentemente contradictorias, también son complementarias: *la espiritualización* o trascendencia y *la interiorización* o personalización de la figura de Dios. Ambas dimensiones enriquecen la vivencia del Dios adolescente, presentando potencialidades de maduración y también riesgos de reduccionismo. La perspectiva trascendente aparece depurando restos de religiosidad infantil y se relaciona con las experiencias de sentido y con contenidos cercanos a la mística. Frente a ellos la interiorización supone una personalización de los contenidos de la divinidad con el riesgo de funcionalizar la imagen divina, imagen que se quedará sin contenido cuando las

necesidades para las que ha sido creada por pura evolución psíquica desaparezcan. En esta fase según Deconchy (1967), *la concepción de Dios viene filtrada a través de los registros de la rica subjetividad individual afectiva y cognitiva*, ese proceso de interiorización tiene según la descripción de Babin (1963) tres elementos, los de *naturalidad, egomorfismo y eticidad*. Aún siendo conceptos descriptos hace algunos años estimo que siguen demostrando una gran capacidad explicativa en la actualidad.

La *naturalidad* sería una característica del pensamiento adolescente por la cual la concepción de Dios es el resultado natural de un proceso. Se trata de un transcurso, que es por otro lado perfectamente inmanente, o que resulta estar esencial y naturalmente presente desde el inicio sin que medien contenidos de revelación. De aquí surge la dificultad de muchos temas específicamente «cristianos» y «católicos» presentados por la institución eclesial. La figura de Jesucristo se satura de este tipo de componentes naturales en la adolescencia, bondad, fortaleza, justicia, libertad, procedentes de su humanidad y también contenidos místicos y contemplativos (Allport, 1955).

El *egomorfismo*, es la característica por la cual Dios “se hace” a imagen del sujeto que lo crea, al menos en los aspectos que demuestran ser más necesarios para este último. Así se estructura la concepción de Dios en relación estrecha a las condiciones psicológicas que sean más destacables para el adolescente en este momento. Teniendo en cuenta la situación de cambio y potencial de crisis del adolescente, no es extraño que realicen diferentes proyecciones que alejen la enorme tensión procedente del “deber ser” y ayuden a la evolución hacia el lugar elegido como deseable. La proyección contenida en la figura de la divinidad tiene la ventaja de acercar la religiosidad a elementos motivacionales del sujeto y de hacerla más cercana. Otra ventaja consiste en la posibilidad de acercamiento al ideal, siempre que este ideal no suponga un espacio imposible como referente. El riesgo consiste en caer en un radical subjetivismo emocional que reduzca a Dios a la propia necesidad, este riesgo funcionaliza la imagen de Dios y la hace inservible para un futuro en el cual los elementos de desarrollo evolutivo hayan dado paso a otros

diferentes. Como señalan Milanesi y Aletti (1974) el egomorfismo actúa especialmente a través de un proceso de idealización basado en el narcisismo afectivo, que lleva al adolescente a poner en Dios las perfecciones que él desea para sí. Dios se convierte en cierto modo en la utopía del yo o en la compensación ante las frustraciones de la vida, en particular ante la soledad afectiva.

La *eticidad*, es una de las características que posiblemente tenga en la actualidad mayor influencia en el desarrollo religioso adolescente. La ética, la justicia, el “sentido común”, aparecen como elementos de extraordinaria importancia en una sociedad cada vez más secularizada. No es extraño que estas ideas penetren con fuerza en las dimensiones de lo sagrado actuando a veces como filtro o elemento de contraste y también de aceptación o no del fenómeno religioso, con lo cual las causas y los efectos se invierten. Esta tendencia sitúa las aspiraciones subjetivas de índole moral sobre las instancias puramente religiosas, funcionando como una especie de moral natural que actúa además como un elemento de realización del yo que no ha de contrariarse. Esta perspectiva de orden naturalista es muy diferente a la de la llamada, o la conversión presentada por la revelación cristiana.

Por último y desde una perspectiva más conceptual señalar los hallazgos obtenidos por P. Babin (1968) en una encuesta donde se describía cual era el tipo de imagen divina que tenían los adolescentes. En él aparecen tres grandes concepciones claramente diferenciadas sobre Dios en la adolescencia, que denomina de tres formas diferentes. *Dios de la creación* (58%), es el Dios concebido como creador del mundo, desempeña una escasa relación personal y apenas ninguna implicación ética. *Dios del hombre* (30%), descrito como alguien con quien se relacionan personalmente y da sentido a sus vidas. Por último el *Dios de la revelación* (12%), de este conjunto se destacan dos diferentes muestras, una de ellas que identifica este tipo de Dios desde los contenidos superficiales aprendidos y otra que manifiesta una auténtica experiencia personal de Dios revelado. Un estudio realizado en Alemania (Nipkow y Schweitzer 1991) aporta datos semejantes, añadiendo las categorías de antropomorfismo (Dios con figura humana y características muy infantiles,

y pobremente simbolizadas) y ateísmo. El estudio longitudinal NSYR (Smith, 1996), para la investigación sobre la religiosidad adolescente en estados Unidos concluye que la mayoría de los adolescentes un 67%, consideran a Dios como una figura personal que tiene actuación en su vida, decreciendo en tres puntos en los 4 años en los que se presenta el estudio (63%). Mientras el porcentaje de adolescentes que opinan que Dios es una presencia cósmica (14%), aumentan a un 16%. Un tercer grupo se refiere a Dios como un ser que ha creado el mundo pero que no tiene ninguna relación con él. El resto de la muestra adolescente no cree en Dios o no sabe.

Desde los postulados de la psicología cognitiva podemos afirmar en la actualidad que el contenido o los conocimientos que se poseen en las distintas áreas del saber influyen de modo determinante en la complejidad del pensamiento al que podemos acceder. Esta postura procede del grupo de autores denominados neopiagetianos y añade a los postulados de Piaget esta nueva información procedente de las más modernas teorías del procesamiento de la información. Esta realidad aplicada al pensamiento religioso indica lo necesario que es proponer a los adolescentes información para poder desarrollar su pensamiento en esta área, que de otro modo permanecerá en un estado infantil, mientras que el resto de los conocimientos cambian hacia un modelo de procesamiento adulto. Esta realidad apela a la responsabilidad de transmisión de información veraz, profunda y compleja sobre la religiosidad, pues de otro modo el adolescente se verá condenado a rebajar su pensamiento a periodos preformales cuando trate de cuestiones religiosas, ya que no posee los conocimientos precisos para poder operar con este tipo de pensamiento. Esta limitación significa pensamiento simple y estereotipado, e incapacidad para manejar ningún tipo de argumento profundo o complejo. Si el adolescente no tiene información para procesar de modo sofisticado los aspectos religiosos esto implicará una discapacidad de aplicación del pensamiento formal a los contenidos de religiosidad, lo que significará un empobrecimiento de esta área del pensamiento que además quedará evidentemente disminuida respecto a cualquier otra área de conocimiento actual.

4. DESARROLLO DE LA IDENTIDAD PERSONAL

El concepto, no demasiado bien delimitado que centra el desarrollo de la personalidad en la época adolescente es el de la identidad personal. Este concepto da sentido a muchos procesos psíquicos en este periodo e incluye los aspectos narrativos procedentes de la biografía, que por primera vez comienzan a tener importancia. Las representaciones acerca de sí mismo, la presentación social, los proyectos, las expectativas de futuro y los diferentes sistemas de creencias y valores completan el concepto de identidad personal en la adolescencia. En la representación que el adolescente se hace de sí mismo aparecen algunos elementos característicos, señalados por Santrock, (2003). Cada uno de estos aspectos permite una lectura desde la perspectiva del desarrollo religioso de la identidad adolescente.

La abstracción e idealización que imprimen a sus procesos valorativos y la tendencia a utilizar etiquetas. Desde la perspectiva religiosa significaría la tendencia a realizar descripciones idealizadas de sí mismos, de los otros, o de algunos conceptos en los que no se permite ningún atisbo de impureza o perspectiva cotidiana normalizada. Paralelamente la tendencia a categorizar de modo rígido los argumentos y las personas, sin permitir desviaciones o flexibilización adaptada a la realidad.

La diferenciación. Consiste en comprender que las personas poseemos diferentes identidades en función del rol que tenemos que desempeñar. Desde este punto de vista el adolescente puede encontrar dificultades para la coordinación de su identificación religiosa con los otros aspectos (personales y sociales) a los que se tienen que adecuarse. También pueden encontrar dificultades en la apreciación que los demás le devuelvan por razón de su identificación religiosa. Si el ambiente es contrario a la identificación religiosa debe proteger su vulnerabilidad. La rigidez de sus posturas, la ocultación pública de su identidad, o la escisión público-privado, son consecuencias de la problemática de la diferenciación.

El yo fluctuante del adolescente responde a un estado de ánimo inestable. La experiencia religiosa adolescente incluye aspectos emocionales. La inestabilidad del yo puede entenderse desde esta

perspectiva como causa o como consecuencia de la vivencia religiosa. Así la religiosidad, siguiendo a Milanesi y Aletti (Milanesi, 1975), puede aparecer estabilizando o desestabilizando la vivencia emocional. Como forma expresiva de la afectividad, la religión puede funcionar *canalizando procesos emocionales* que van desde las experiencias cumbre que señalan los psicólogos humanistas, hasta los rasgos puramente sentimentales y participativos con que los adolescentes salpican su experiencia religiosa como señala Vergote (Vergote, 1967). Milanesi y Aletti (Milanesi, 1975), señalan cómo las experiencias de sentido último que aparecen en la experiencia religiosa adolescente, son aquellas cercanas a la mística como el deseo y la nostalgia de lo absoluto, la sensación viva de una sacralidad difusa o el sentimiento oceánico de la relación con el todo. Estas experiencias afines al sentido estético, que también en esta edad se desarrolla tienen una estrecha conexión con las formas maduras de religiosidad adulta (Kupky, 1924; Allport, 1950). Ellas explican la supervivencia, en ciertos casos y especialmente entre los adolescentes de la religiosidad fundada simplemente en bases emotivas y afectivas, aun cuando apenas existan motivaciones racionales de compromiso religioso. Es evidente que esta acentuación unilateral de la experiencia religiosa puede constituir un precedente ambivalente en relación a los futuros desarrollos del comportamiento religioso; *si la religión no es integrada en las otras fases y niveles de conducta, camina necesariamente a un comportamiento privado* de motivaciones adecuadas y expuesto, por ello mismo, a experiencias traumatizantes cuando lleguen las crisis (Milanesi, 1974). Otra posibilidad aparece cuando la religiosidad funciona con un *factor de estabilización* de la vida emocional. El adolescente, está sujeto a fuertes tensiones emocionales, la religión aparece relativizando los sucesos perturbadores gracias a la presentación de una visión integral de la realidad y del sentido de la vida. Además puede aparecer para el joven como una solución global a la existencia o una respuesta donde se encuentra la solución para todas las preguntas. Por último la religiosidad como factor de inestabilidad, aparece ligado a la culpabilidad adolescente. Puede suceder que la proyec-

ción idealizada de su imagen incluya elementos de autorrealización moral, que al quebrarse acentúa el sentido de culpa narcisista.

El yo ideal. La capacidad de los adolescentes de construir un yo ideal además del yo real se pone de manifiesto con gran evidencia en esta época de la vida. La creación de este “ideal de yo”, es útil para proyectar la identidad deseada, y es necesario como elemento motivacional de confianza y lucha para un futuro. Sin embargo el ideal de yo, puede conllevar ciertas discrepancias. Autores como Rogers afirman que la excesiva diferencia entre el yo real y el ideal puede ser un indicador de desajuste y de problemas psíquicos. La depresión y otros problemas de índole clínica pueden ser el resultado de la diferencia entre la persona que me gustaría ser y la que soy. Esta percepción puede llevar a un sentimiento de fracaso y a vivir dentro de una excesiva tensión y una presión constante. El yo ideal puede ser a su vez un elemento muy positivo, porque actúa dirigiendo al yo hacía el futuro e identificando lo que debe evitarse. La creación del yo ideal es un asunto de máxima importancia en la identidad religiosa. El yo ideal, que el adolescente religioso ha de crear es fundamental para dirigir la creencia, pero compartirá también con el resto de los “yoes ideales” el riesgo de que estén demasiado alejados de la realidad o no sean compatibles con ella. La tendencia a cometer excesos de los adolescentes puede señalar un yo ideal religioso cuyas exigencias de cumplimiento sean desestabilizadoras para el sistema psíquico. Ese desequilibrio puede darse porque no se esté dando la suficiente armonía entre los diferentes aspectos de la personalidad, o porque se introduzca en el yo ideal religioso aspectos de la personalidad con connotaciones de rigidez o en extremo moralistas.

La comparación social es una práctica habitual en la adolescencia. Para evaluarse a si mismos y para saber quienes son es inevitable utilizar como un espejo al otro. Este aspecto es otro foco de confusión en el mundo adolescentes por la cantidad de referentes distintos que puede utilizar actualmente un adolescente, existen muchos grupos de referencia en la actualidad y considerarlos simultáneamente puede generar una gran confusión. La importancia de la comparación social deja al adolescente especialmente vulnerable en

su religiosidad si no la comparte con algún grupo de referencia en el que pueda situarla y situarse. En este momento vital es cuando el grupo social será determinante para la creación de los distintos aspectos de la identidad, y también de la identidad religiosa.

Las contradicciones internas. El hecho de que el adolescente este intentando organizar sus experiencias y además diferenciarse en múltiples roles origina numerosas contradicciones. El esfuerzo que conlleva organizar todos estos elementos motiva que los adolescentes se definan de forma contradictoria. Ellos buscan en la introspección, y en la comparación social información sobre ellos mismos, y tienden a autoprotgerse frente a una conciencia más o menos difusa de vulnerabilidad de la que se intentan defender en formas que a veces resultan adaptativas y otras veces no tanto. Los adolescentes descubren estas contradicciones a medida que intentan construir una teoría general de su personalidad (Harter y Monsour, 1992). La unión de todos estos elementos puede suponer un proceso complejo, en la difícil tarea de «encontrarse a sí mismos». Como señalan Stassen y Thompson (1997), aparecen en el adolescente diferentes ámbitos contradictorios: Rechazan la infancia, pero la necesitan para integrar quiénes son y quiénes han sido y para hacer su biografía personal para enfrentar e futuro. Deben de ser independientes y autónomos, pero necesitan las conexiones del grupo, y solo con los íntimos “se sienten ellos mismos”. Buscan los valores que quieren, pero deben compartir los de su grupo para poder encontrarse y encontrarlos.

Una traducción al lenguaje de la experiencia religiosa nos permitiría señalar: proceden de una religiosidad infantil que es necesario depurar, pero la necesitan como referente de desarrollo adulto y maduro de la experiencia religiosa. Deben de ser religiosamente independientes, pero necesitan de los referentes de grupo para acceder a una experiencia que sin embargo se define en ámbitos de privacidad. Deben compartir los valores de su grupo para no sentirse desclasados, pero paralelamente estos valores están cada vez más secularizados oponiéndose a sus creencias íntimas y creando un riesgo de escisión o de pérdida de la experiencia religiosa. No parece un camino fácil para transitar sin el apoyo y el modelo adulto.

La construcción de la identidad comienza en la época adolescente y supone un proceso complejo que culmina con la adquisición de una personalidad madura y adaptada a la realidad. Erikson fue uno de los primeros autores en señalar lo importantes que son las preguntas que se hacen los adolescentes ¿quién soy? ¿qué hago en la vida? ¿qué es lo que me hace diferente? ¿hacia donde voy? Las respuestas giran continuamente en torno al concepto de identidad. De acuerdo con las posturas tradicionales de Erikson en las complejas sociedades occidentales, los adolescentes se encuentran sometidos a presiones de diversa índole que les llevan a revisar su Yo real, su autoconcepto y su autoestima. Para Erikson la adolescencia es el periodo que denomina de “cristalización de la identidad”, etapa número cinco de desarrollo humano. El objetivo en esta etapa sería definirse en la mayoría de las áreas posibles. El procedimiento consiste en buena parte en proyectar sobre el otro la propia imagen de sí mismo para verla así reflejada y gradualmente clarificada en una división entre lo que “soy yo y lo que eres tú”. Esta etapa se define desde el modelo de Erikson en torno a la polaridad: “identidad versus confusión de identidad”. Para construir su identidad los adolescentes deben organizar sus habilidades, intereses, necesidades y deseos, de modo que todo ello pueda expresarse en un contexto social. Erikson vio el peligro principal en esta etapa en la confusión de identidad que puede retrasar en gran medida la llegada de la vida adulta. Por otro lado, es normal que se presenta algún grado de confusión de identidad, esto incide en la naturaleza aparentemente caótica de gran parte del comportamiento de los adolescentes y en la dolorosa autoconciencia sobre sí mismos.

J. Marcia (1980), siguiendo las teorías de Erikson, desarrolló una tipología de estatus de identidad a partir de las respuestas que obtuvo a un conjunto de entrevistas semiestructuradas. Esta tipología incluye cuatro categorías distintas de identidad en la adolescencia y refleja etapas en la consecución del desafío adolescente. Este modelo que supone cuatro momentos evolutivos en la consecución de la identidad no es un camino lineal. Las distintas fases se definen en relación con la capacidad para generar compromisos en la existencia de crisis de desarrollo asociadas. Se contemplan cuatro momentos:

1. Difusión de identidad: El individuo no ha experimentado ninguna crisis, ni ha establecido ningún compromiso. Es una posición inestable que podría cambiar. 2. Exclusión de identidad: No se ha experimentado ninguna crisis y sí se ha establecido un compromiso. La posición está adoptada y no se cambiará fácilmente. 3. Moratoria de identidad: El adolescente está en una crisis, y busca activamente opciones que definan su identidad. Es un momento en principio de tránsito, aunque puede cronificarse. 4. Logro de identidad: Ha pasado la crisis y como consecuencia de su búsqueda se ha encontrado el compromiso que surge de su identidad definida.

Varios autores han aplicado este esquema a la identidad religiosa en la adolescencia. No es difícil encontrar adolescentes en alguno de estos cuatro momentos de evolución: logro, moratoria, difusión y exclusión de la identidad religiosa

El proceso de consecución de la identidad religiosa, al igual que otras áreas del desarrollo adolescente, se inaugura con la crisis. La crisis religiosa comienza con un periodo de incubación en el cual se pueden observar a su vez varios momentos. Es frecuente que comience por un periodo de abandono o alejamiento de la práctica religiosa previa. Muchas veces el sujeto no es totalmente consciente del proceso en un primer momento, desarrollándose un proceso latente de incubación de la crisis en la cual las creencias comienzan a tener dificultades con otras áreas del saber o con las experiencias vitales de los adolescentes. La presencia de Dios en muchos casos no se siente a pesar de su necesidad; y los principios morales entran en conflicto con las pulsiones y los deseos (Babin, 1968) Este tiempo anuncia el desencadenamiento de la crisis religiosa que sucede cuando el adolescente comienza a situarse conscientemente en esta situación vital. En ella la crítica incluye todos los aspectos de la religión, ya no se remite solamente a algunos de sus aspectos parciales, y las creencias son puestas en cuestión desde la ciencia, la razón, la moral y el ambiente. Este es el momento en el cual en unos se acentúa una posición crítica y en otros puede comenzar un proceso de personalización de la experiencia religiosa. En otros este periodo desemboca en actitudes de indiferencia con un alejamiento temporal o definitivo. Por último para algunos comienza un proceso de evita-

ción de toma de postura personal que el adolescente puede mantener en suspenso indefinidamente. Esta actitud de moratoria es actualmente muy frecuente, se trata de la evitación general de identidad y también de identidad religiosa. Esta evitación de identidad religiosa probablemente se deba a la superficialidad y secularización de nuestro mundo actual. Los adolescentes no llegan a formular su increencia, por lo cual no se da una postura adulta y definida de cualquier signo respecto a este tema, sino que sitúan la religiosidad en una posición de total irrelevancia (Luckmann, 1973) Por último para algunos al final de este periodo se articulan definitivamente la identidad religiosa, una adhesión personal y la pertenencia consciente y elegida a un grupo confesional.

El concepto de sí mismo es uno de los elementos integrantes de la identidad personal y del conjunto de representaciones que la constituyen. Normalmente se distinguen las representaciones relativas al cuerpo, lo psíquico y lo social o moral. Todo esto no es un concepto simple sino un conjunto de conceptos que se refieren a uno mismo y que incluyen desde rasgos psicológicos hasta sistemas de creencias, imagen corporal o sensación de competencia. Todas estas representaciones necesitan, más que en otro momento vital, ser aceptadas o reconocidas por las personas significativas para el adolescente, siendo este reconocimiento lo que produce un concepto positivo de sí mismo.

La autoestima, por otra parte, supone la valoración que surge de la evaluación del yo. Durante la adolescencia la autoestima vuelve a experimentar un descenso del que se recuperará más adelante, de modo que es la época de la vida en la sentimos un sentimiento mayor de desvalor. En la mayoría de los adolescentes la baja autoestima puede producir un malestar emocional de carácter temporal pero en algunos puede derivar en problemas más severos como depresión, suicidio, abuso de tóxicos, trastornos de la alimentación o delincuencia. Cuando la baja autoestima se suma a transiciones difíciles en la escuela, en la vida familiar o con acontecimientos estresantes, los problemas del adolescente se pueden intensificar. Para elevar la autoestima de los adolescentes se recomienda identificar las causas de la baja autoestima, alcanzar logros y mejorar las habilidades de

afrontamiento. Se ha encontrado una relación positiva ente los adolescentes practicantes y la autoestima (Smith, 1996) Los adolescentes que afirman que la religión es muy importante coinciden con sujetos que muestran una mejor autoestima. Esta es una de las conclusiones del estudio NSYR llevado a cabo en Estados Unidos, uno de los mayores y más actuales sobre el estado de las cuestiones religiosas en la adolescencia.

5. CONCLUSIÓN

La conclusión más interesante a este trabajo será la que los educadores puedan obtener para implementar en su trabajo cotidiano formas de educar en la religiosidad a los adolescentes, consiguiendo a su vez un aumento de sus sentimientos de competencia y autorrealización. Este deseo es tanto más significativo cuanto que enseñar religión en la actualidad en la escuela es un reto importante y espinoso para cualquier educador. Tener en cuenta las dimensiones de desarrollo evolutivo adolescente es cada vez más necesario, aunque el verdadero trabajo de experto consistirá en transmitir a un público concreto con nombres y apellidos el mensaje religioso. Para ello las características generales y específicas que hemos señalado, funcionan como un marco flexible de referencia y orientación. El mensaje religioso que ha de transmitirse en la adolescencia ha de tener en cuenta un grupo de población con preocupaciones físicas importantes, sujeto a cambios fisiológicos que la cultura no ayuda a encajar. Es necesario además tener en cuenta la importancia del conocimiento religioso, planteando contenidos complejos para activar modos de procesamiento adulto, advirtiendo del peligro del analfabetismo religioso que ocasiona no tener conocimientos, ni modo de poder acceder a ellos. Por último tener presente los educadores el problema de la moratoria de identidad, para poder ofrecer al educando la oportunidad de experimentar que es más gratificante el afrontamiento que la indiferencia. Estas tres indicaciones resumen en términos religiosos las aportaciones de la psicología evolutiva al desarrollo adolescente.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ALKASER, F D; Pubertal Timing, Overweight, and Psychological Adjustment *The Journal of Early Adolescence*, 1992 Vol. 12, No. 4, 396-419
- ALLPORT, G. W. *The individual and his religion..* New York: McMillan Co. 1950
- ANGOLD A, COSTELLO EJ, ERKANLI A, WORTHMAN CM. Pubertal changes in hormone levels and depression in girls *Psychol Med.* 1999 Sep;29(5):1043-53
- AVILA A. *Para conocer la psicología de la religión..* Verbo Divino. Estella. 2003
- BABIN P. *Para la educación de los adolescentes en la fe.* Collection: «Mundo y Fe», Madrid, Marova .1968
- BENSON, P. L., ROEHLKEPARTAIN, E. C., & Rude, S. P. . Spiritual development in childhood and adolescence: Toward a field of inquiry. *Applied Developmental Science.* 2003, 7(3), 205-213.
- BROOKS-GUNN, J. “Biological and Social Contributions to Negative Affect in Young Adolescent Girls.” *Child Development* 1989, 60: 40-55.
- CRAIG G. J. *Desarrollo Psicológico.* México, Prentice Hall. 2001.
- DECONCHY, J. P. (1965). The idea of God: Its emergence between 7 and 16 years. In A. GODIN (Ed.), *From Religious Experience to a Religious Attitude.* Chicago: Loyola University Press, 97108.
- DECONCHY, J.P. God and parental images. The masculine and feminine in religious free associations. In A. GODIN (Ed.), *From Cry to Word.* Brussels: Lumen Vitae Press, 1968, 85-94.
- ELKIND, D. The development of religious understanding in children and adolescents. In M. P. Strommen (Ed.), *Research on Religious Development. A Comprehensive Handbook.* New York. Hawthorn Books. 1971. 655-85.
- ELKIND, D. (1962). Varieties of religious experience in young adolescents. *Journal for the Scieniffic Study of Religion*, 2, 103-11.
- GIEDD J. N. The teen brain: Insights from neuroimaging. *Journal of adolescence health* 2008, 42, 4, 335-343
- GOLDMAN, R. *Religious Thinking from Childhood to Adolescence.* London: Routledge & Kegan Paul, 1964
- GROM B. ; *Psicología de la religión.* Barcelona. Herder, 1994.
- HOFFMAN L., PARIS S., HALL E. *Psicología del desarrollo hoy.* Madrid. Mc Graw-Hill,1995.

- HEALY, M. *Spiritualized: A Look inside the Teenage Soul*. New York: AlloyBooks. 2000
- HARTER, S y MONSOUR A. Developmental analysis of conflict caused by opposing attributes in the adolescent self portrait. *Developmental Psychology*. 1992, 28,251-260.
- INHELDER B., PIAGET J.; *De la lógica del niño a la lógica del adolescente*, Barcelona. Paidós, 1985
- LUCKMANN, T. *La religión invisible. El problema de la religión en la sociedad moderna*. Salamanca. Sígueme. 1973
- MAFFEI J.; *Psicología evolutiva y religión*, B. Aires Caerpe-Docencia H, 1981
- McANARNEY E R. Adolescent Brain Development: Forging New Links? *Journal of Adolescent Health*, 2008, 42, 4, 321-323
- MILANESI J, AIETTI M. *Psicología de la religión*. Ediciones D Bosco. Madrid, 1974.
- NIPKOW K, SCHWEITZER F. Stages of faith and religious development : implications for church, education, and society. New York. Crossroad, 1991.
- OZORAK, E.W. Social and cognitive influences on the development of religious beliefs and commitment in adolescence. *Journal for the Scientific Study of Religion*, 1989, 28, 448-463.
- PETERSEN, A. C. Adolescent development. *Annual Review of Psychology*, 1988, 39, 583-607.
- PETERSEN, A. C., & TAYLOR, B. The biological approach to adolescence: Biological change and psychological adaptation. In J. Adelsen (Ed.), *Handbook of adolescent psychology* (pp. 117-155). New York: Wiley-Interscience, 1980
- PEREZ-DELGADO E. *Psicología, Ética y Religión*. Madrid Siglo Veintiuno Editores, 1995.
- PÖLL W. *Psicología de la religión*, Barcelona.: Herder, 1969.
- REICH H. Cognitive-Developmental Approaches to Religiousness: Which Version for Which Purpose? *International Journal for the Psychology of Religion*, 1993, Vol. 3, 1993.33-59
- STEINBERG, L., & SILVERBERG, S. B. The vicissitudes of autonomy in early adolescence. *Child Development*, 1986, 57, 841-851.
- SMITH C. (2009) "Mapping American adolescent subjective religiosity and attitudes of alienation toward religion: A research report". *Sociology of Religion*. FindArticles.com. 13 Jul, 2009. http://findarticles.com/p/articles/mi_m0SOR/is_1_64/ai_99984520/

Aportaciones de la psicología del desarrollo a la educación religiosa en la adolescencia

STASSEN B. K & THOMPSON R. A. Psicología del desarrollo. Madrid. Editorial Médica Panamericana, 1998.

TAMMINEN K. *Religious Development in childhood and youth, an empirical study*. Helsinki 1991. Suomalainen tiedeakatemia.

VAN GOOZEN Adrenal androgens and aggression in conduct disorder pre-puberal boys and normal controls. *Biological Psychiatry* , 1998,43, 156-158.

VERGOTE A *Psicología religiosa* Madrid : Taurus, 1975.

